

Antoni Batista

**OTEGI,
la fuerza de la paz**

Prólogo de David Fernández

La Campana

1.ª edición: octubre del 2015

© Antoni Batista, 2015

Autor representado por IMC Agencia Literaria

© Edicions La Campana

Avenir, 49, bajos, 08021 Barcelona

Tel.: 93 453 16 65

info@lacampanaeditorial.com

www.lacampanaeditorial.com

Disseño de la cubierta: Zink comunicació

Foto de la cubierta: @ Lurrak

ISBN: 978-84-16457-06-9

Depósito legal: B. 23.161-2015

Fotocomposició: EdiGestió (Barcelona)

Impreso en Romanyà/Valls. Capellades (Barcelona)

«Si todos decimos no,
la guerra será
el pasado
y la paz el futuro.»

BERTOLT BRECHT

Prólogo de David Fernández

HASIERA DA AMAIA

«Mientras no aprendamos a husmear en la oscuridad,
no sabremos escribir con claridad.»

JOSEBA SARRIONAINDIA

Conocí el verbo afinado y la palabra honesta de Antoni Batista hace mucho tiempo. En palabra impresa. Muchos años atrás. Hace muchas noches y demasiadas madrugadas. Recién nos estrenábamos como estudiantes de la Universitat Autònoma de Barcelona y su *Diario privado de la guerra vasca* –y después muchos otros libros suyos– era la primera grieta de complejidad, matices y profundidad –periodismo en estado puro– sobre el conflicto vasco. Antes, corrían los primeros noventa. Eran tiempos extraños, mediáticamente monolíticos, en los que el plasma y las ondas hertzianas sólo servían para ofrecer en bandeja la versión oficial. No había Internet ni redes sociales: sólo las crónicas imprescindibles y de referencia de Batista, las intervenciones memorables del añorado Jon Idigoras o una incursión discreta en las Ramblas, el único lugar donde podías conseguir un ejemplar del desaparecido *Egin*, silenciado por el Estado español.

Rara avis excepcional, las honradas crónicas de Batista, en medio de una guerra y en momentos durísimos, eran aire limpio, no contaminado, iban siempre a contracorriente y trataban a los lectores como a tales –personas inteligentes que necesitan claves para formarse una opinión propia–. Ayudaban a comprender un conflicto gravísimo, te hacían cuestionar tu opinión y tu visión y miraban lejos, siempre mucho más lejos, para vislumbrar otro mañana resolutivo. Claro está: desde arriba, el plasma televisivo escupía el siniestro tiempo de Aznar –y el estado de excepción decretado en tierras vascas–; desde abajo, casi de forma clandestina, nos llegaba cada día el eco de los maltratos, de las guerras sucias, del museo de los horrores de Intxaurreondo y de las primeras evidencias del GAL. La otra cara de una misma moneda, mientras íbamos aprendiendo que un poder siempre cínico conoce y reconoce en privado aquello que siempre niega en público.

O dicho de forma más clara: una generación entera está en deuda con Batista por ayudarnos a pensar. Después, afortunadamente, la vida, la sagrada vida, que es lo único que tenemos, hizo que nos cruzáramos. Y, de conocerle leyendo sus palabras, pasé a conocerle escuchándole y pidiéndole consejos por mil motivos y frentes abiertos. Desde entonces, a menudo intercambiamos mensajes en

latín, curioseando en la condición humana: el latín, otra pasión útil que nos une. Pero cuando, en las postrimerías del pasado verano, me pidió que intentara escribir este prólogo y me desgranó el porqué, recordé la obriedad nómada: es el País Vasco, en vías y vidas paralelas, el que más nos ha ligado mutuamente. Recuerdo todavía dolorosamente la ruptura de la tregua. Su llamada. La iniciativa catalana por la paz que intentamos construir para que no se quebrara el proceso de paz. Y él —si se me permite decirlo—, consiguiendo un gesto que era gesta y símbolo: que Raimon viniera a cantar *Tots els colors del verd* («Todos los colores del verde»). Éramos unos cuantos reclamando paz en medio de un crudo invierno. Apenas cuatro mil personas en la plaza Sant Jaume. Con las voces feministas de las mujeres por la paz de Ahotsak llenándolo todo. Encendiendo velas en la oscuridad. Intentando que no se apagara la luz ni se fundieran los plomos. Y fracasando, hace falta decirlo.

A lo mejor por eso, prólogo y epílogo, pasa que pasa que todavía hoy, cuando me preguntan por el País Vasco, me invade una extraña y larga mezcla de tristeza, respeto y esperanza. Y algún silencio insondable. En el innegable mapa inacabado de los sufrimientos acumulados, dolores implacables y pérdidas irreversibles, el conflicto vasco y la

anomalía española también nos han modulado y marcado. Dispersamente, he tenido que visitar prisiones desde 1999 –Alcalá-Meco, Ocaña, Soto–; he tenido que imaginar todos los días, durante seis años de amistad presa; he visto como cerraban medios de comunicación donde trabajaba; he escuchado dolores inenarrables y he oído a Martxelo Otamendi, con una dignidad impactante, batallando contra la impunidad de la tortura. Y he cruzado puentes. Y lo he reaprendido todo humildemente. Gracias a Toni, he conocido a la familia Lluch. Me escribo a menudo con Roberto Manrique, víctima de Hipercor. Y en estos años me he ido forjando con Lévinas: la mirada del otro, la inviolabilidad ética del otro, la ética humanista frente a la crueldad de las violencias. De todas las violencias.

Hoy, el País Vasco –a pesar de la durísima batalla por el «relato» que se libra y se librerá– no es ninguna foto fija oficial ni maniquea. Es todavía una película inacabada, en la que el ojo cinematográfico de Toni –suerte y privilegio para la sociedad catalana– ha sido la mejor cámara con que acercarse. Lo que él hace es periodismo: propaganda cero. Ahora, hoy, aquí, retumba la pregunta: ¿cómo se ha llegado al nuevo tiempo que vive el País Vasco, todavía en medio de un bloqueo mediocre por parte del Estado y la

apuesta irreversible de la izquierda abertzale por un nuevo ciclo?

Nuevamente, este libro de Toni lo cartografía y explica de viva voz, desde la propia experiencia acumulada y con todo detalle. Microscopio Batista. Tiempos y tránsitos, dolores y travesías, convulsiones y dificultades. Y un fragilísimo camino para la paz, apostando por ella cuando era más necesario, que es cuando nadie lo hacía. O como diría Gerry Adams: «La negociación verdaderamente difícil siempre es con los tuyos.» Y sí: llegó el silencio de las armas, unilateral e irreversible. En un largo y lento proceso en el que destaca, por encima de un equipo pequeño y decidido (Rafa, Sonia, Miren, Arkaitz), un nombre imprescindible: Arnaldo Otegi. Sí: la fuerza indestructible de la paz. Recientemente, prologando un libro sobre el querido Pepe Mujica, Otegi lo evocaba recordando sabiamente que, por encima de cualquier proyecto revolucionario –y la independencia y el socialismo para el País Vasco lo son–, está la ética revolucionaria.

Anecdótico menor: en la corta experiencia en el Parlament que ahora concluye, Arnaldo también ha estado muy presente. Nos han prohibido reiteradamente, y desde el primer día, la visita parlamentaria a Logroño –eso después de un kafkiano vía crucis telefónico con Institucio-

nes Penitenciarias, digno del teatro del absurdo de Ionesco—; la carta que nos mandó desde la celda de la prisión apareció antes en la portada de *El País* que en mi casa; lo invitamos a la Comisión de Estudio sobre el Derecho a Decidir creada en el Parlament para abordar el proceso democrático catalán; mantenemos relación periódica con la familia y el hijo, Julia y Hodei, amparados en el retorno que algún día llegará, y nunca hemos fallado a las citas para exigir su inmediata libertad, la última —tras Desmond Tutu, Angela Davis, Zizek, Pérez Esquivel— de relevante y evidente impacto internacional.

No obstante, en cualquier caso, éste es un libro que ofrece una crónica de cómo se construye la paz —y cuánto cuesta— y cómo se ha abierto un tiempo nuevo. Y de por qué se cierra un ciclo. De hecho, se cierran dos. *Hasiera da amaia, amaia da hasiera*, susurran en euskera: «El final es el principio y viceversa», y todo vuelve a empezar. Para Toni, porque con este libro cierra la larga etapa de cronista de referencia, implicado y cuidadoso, de la poliédrica y dolorosa realidad vasca, después de décadas en la siempre difícil primera línea del fuego cruzado. Y para Arnaldo, porque el próximo abril —después de seis años de ser rehén del Estado, como si fuera una *fera ferotge* («fiera feroz») enjaulada—, podrá volver a pisar la calle, porque

podrá ser candidato a presidente y porque –espero, deseo, anhelo–, el próximo mes de mayo de 2016, puede convertirse en el próximo lehendakari, como ficciona Antoni, de una nueva Euskal Herria.

Por lo tanto, ambos, autor y protagonista, cierran, en su respectiva dimensión, un ciclo. Y se lo merecen sin lugar a dudas. Toni, lúcido, tenaz y siempre con los prismáticos de la complejidad, porque lo necesita, porque acierta y le corresponde. Y porque seguro que busca nuevos caminos y nos sorprenderá con nuevas palabras, músicas y retos. Arnaldo, tras la larga espera y la siempre inacabada lucha por la justicia social, porque tiene una cita con la libertad: la propia y la de su pueblo.

Mientras tanto, desde la memoria siempre dolorida y la esperanza nunca vencida, seguiremos esperando a Godot y esperando todavía. Tantas cosas. *Itxoiten*. Esperando.

Gràcies, Antoni.

Mila esker, Arnaldo.

DAVID FERNÀNDEZ

PRELUDIO

El 21 de enero de 2000 la izquierda abertzale institucional evita condenar el atentado mortal contra el teniente coronel Pedro Antonio Blanco. Un coche bomba hace añicos la vida de un oficial de intendencia de Madrid, un militar de despacho de cuarenta y siete años, padre de dos hijos, que no tiene nada que ver con el conflicto vasco. Ha vuelto la barbarie. El proceso de distensión que había comenzado con la tregua de Lizarra del 15 de septiembre de 1998, la más larga y esperanzadora de los ya cuarenta años de historia de ETA, salta por los aires.

El rechazo es unánime, frontal, inapelable: en Madrid se manifiesta un millón de personas; en el País Vasco, miles. La frustración pesa como una losa, y el objeto de todas las críticas es Arnaldo Otegi, que lo vive entre abatido y cabreado, porque hace dos años dejó en Lizarra todo su esfuerzo y empeñó su palabra y su credibilidad. Está enfadado, pero no ha perdido ni la serenidad ni el temple:

«*Ezerk ez du bakea oztopatuko!*», [¡Nada frenará la paz!], me espetará más tarde con una convicción que le sale del alma. Es el momento de la frustración, pero también de reunir nuevas fuerzas para iniciar el camino irreversible hacia la paz.

Arnaldo Otegi ha sido y es la persona más importante y decisiva en el abandono de ETA del ciclo armado y en la consolidación de la paz vasca. Quedan atrás ochocientos veintitrés tres víctimas mortales a manos de ETA, trescientos setenta y ocho militantes de la organización muertos y miles de encarcelados (el peor año, setecientos sesenta y dos; el año que menos, cuatrocientos ochenta y dos). En el momento de salir este libro en 2015, hace cinco años que ETA no mata y la paz ya es, afortunadamente, irreversible. Antes de Otegi, setecientos sesenta cinco muertos; después de Lizarra, de 2000 a 2010, cincuenta y ocho. La curva morbosa de las víctimas del terrorismo ha descendido hasta llegar al cero. Se acabó la violencia.

Este libro quiere ser un retrato de Arnaldo Otegi. El cuadro, sin embargo, es impresionista. Formalmente es una crónica, un género que nos libera del lastre de la historia, de la precisión de la biografía canónica y de la mitología oficial o autorizada.

En estas páginas hay un Arnaldo Otegi como yo hones-

tamente lo veo a partir de mi trato con él y con la gente que le es cercana, complementado con el seguimiento periodístico que hice durante veinticinco años en mi corresponsalía política en el País Vasco. Me he tomado alguna licencia, he escenificado situaciones a partir de versiones diversas, y al final, en el último capítulo, incluso la libertad de llegar a la ficción, en ese punto en que la ficción limita con la realidad.

Mi punto de vista, catalán, y por lo tanto ni vasco ni español, me ha permitido siempre observar el conflicto desde una distancia crítica, aunque a menudo también me he ganado los reproches de la ultraderecha, que me ha encontrado demasiado equidistante. La ultraderecha considera que informar sobre los puntos de vista de ETA ya es ser de ETA. Mi compromiso ético contra la violencia es inequívoco, pero hay que compaginarlo con la exigencia deontológica para explicarla en toda su crudeza.

He tratado mucho a Arnaldo Otegi en estos veinticinco años de corresponsalía política sobre el conflicto vasco, primero desde el *Avui* y *La Vanguardia*, y finalmente en el diario *Ara*. Conservo innumerables notas de mis encuentros con él y diez horas de conversaciones grabadas. He contado que sumando los ocho libros sobre el País Vasco que he escrito, tiene ciento cincuenta y seis referencias; y

que, entre 1998 y 2004, los años de mi ejercicio profesional durante los cuales él fue el portavoz y principal líder abertzale, sale dos mil novecientas veintiséis veces en mis crónicas y entrevistas.

No es porque sí: Arnaldo Otegi es la fuerza de la paz.